



*Sobre historia de ayer y de hoy...*

Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 49 – 23 de Septiembre de 2015

# ESPECIAL

## CATALUÑA (2 de 3)

1. Hacia la «Commonwelth» de naciones ibéricas, *Mateo Requesens*
2. Cataluña, dintel de España, *Francisco Díaz Otazú*
3. La lengua catalana y la prueba del diez, *Francisco Martín Castillo*
4. Finis Cataluña, finis Hispaniae, *Francisco Torres*
5. Aunque no quisieran ser españoles, lo serían, *Jorge Juan Perales*

### Hacia la «Commonwealth» de naciones ibéricas

#### Mateo Requesens

Cuando en aras del sacrosanto consenso en la Constitución de 1978 se introdujo en su art. 2 ese exabrupto jurídico que se denominó nacionalidades, cualquier constitucionalista con un mínimo de honestidad intelectual entendía que abría las puertas a un Estado plurinacional. Nación, nacionalidad o identidad nacional, por mucho que se quiera disfrazar su significado acudiendo a sutilezas de salón, matices de leguleyo o retruécanos retóricos, son términos equivalentes. Un constituyente de la época, supuestamente nada radical, como Miquel Roca (Minoría Catalana) reconocía abiertamente que «nacionalidades y nación quieren decir absolutamente lo mismo. Lo único que ocurre es que en la vida política los términos [...] van generando nuevas concepciones [...] Estas naciones sin Estado es lo que modernamente ha venido en llamarse nacionalidades. Es evidente que España es una realidad plurinacional».

Licinio de la Fuente (AP), se preguntaba si «el término nacionalidad es equivalente al de nación o deriva de la preexistencia de una nación. Entonces ¿es posible la existencia de la unidad nacional desde la pluralidad de naciones?». Obviamente la respuesta es no. Una nación de naciones es imposible. Se podrá hablar de un Estado plurinacional, pero no de una nación plurinacional. El avezado lector ya se habrá percatado de que la Constitución del 78 sentaba las bases para la desaparición de España como nación, ya que se convertía en un Estado con diversas nacionalidades en su seno.

En efecto, el Estado de las autonomías, edificado sobre el concepto de nacionalidades produce un cambio en las estructuras territoriales que tiene como consecuencia necesaria una metamorfosis de las relaciones jurídicas referidas al reparto de competencias entre el Estado nacional y sus subdivisiones regionales, que se traduce en un *ius disgregandi*. Es decir, no se puede comprender el desmedido desarrollo autonómico posterior, sin partir de la nueva concepción de España que implica la introducción del concepto de nacionalidades en la Constitución de 1978.

Desde esta perspectiva, es más fácil entender que las supuestas contradicciones y ambigüedades del PSOE sobre el proceso secesionista de los separatistas catalanes, no son tales. Cuando Zapatero hablaba de España como «nación discutida y discutible», o Felipe González aboga por la unidad de España a la vez que reconoce la identidad nacional de Cataluña, en definitiva están corroborando que conciben España como un Estado plurinacional, y no como una nación. Y aunque Podemos aún no se ha definido al respecto, todo barrunta a que sostendrá, en mayor o menor medida, la misma posición que en general caracteriza a toda la izquierda española. El también constituyente, Jordi Solé Tura (PCE), ya nos dijo que «la auténtica unidad de España se basa en reconocer lo que hay», y lo que había según él, y toda la izquierda, consciente o inconscientemente sostiene, es que «España es una nación de naciones».

El proyecto que desde el socialismo se pretende para España no es el de la unidad nacional, sino el de un Estado común, que bajo el símbolo de la Corona, mantiene una básica y mínima unidad política entre las identidades nacionales que la conforman. Gregorio Peces-Barba (PSOE), dejaba entrever tal objetivo: «Para nosotros, nacionalidad es sinónimo de nación [...] El grupo socialista, desde el principio y para resolver un problema que ha resultado enormemente azaroso en la historia de España, ha defendido la existencia del término “nacionalidades” [...] Entendemos que esta fórmula puede ser la que resuelva de manera definitiva la problemática de la organización territorial y los derechos legítimos a la autonomía [...] La nación, España, puede comprender en su seno otras naciones o nacionalidades [...] La defensa de la existencia de diversas naciones en la comunidad superior de España y en el seno del Estado no es, a nuestro juicio, una peligrosa bomba de relojería para favorecer el separatismo». Joan Reventós (Socialistas de Cataluña) era aún más claro: «Hay algo obvio: el Estado (no España, nótese) es indivisible. Los constituyentes están preocupados por la palabra nacionalidades [...] Pretenden conjurar unas posibilidades secesionistas que no existen».

Más honesto, o inteligente, Hipólito Gómez de las Rocas (Partido Aragonés Regionalista), se preguntaba: «¿Quién impedirá que crezca la semilla de la nacionalidad y que en una segunda fase se trate de ocupar una parte alícuota de la soberanía nacional? ¿Tienen los señores

ponentes la garantía de que esto no va a ocurrir así?». Javier Arzalluz (PNV) contestaba: «No buscamos ni en la palabra “nacionalidades”, repito, ni en la autonomía un trampolín para la secesión». Por su parte Jordi Pujol (Minoría Catalana): con su conocida sinceridad decía: «Ya no sabemos cómo explicar ni cómo convencer a la opinión pública de que esta radical afirmación nacional, en el sentido de que nosotros somos lo que somos y queremos seguir siendo lo que somos, es perfectamente compatible con



una actitud de colaboración, de auténtica voluntad de entendimiento y de auténtica voluntad de integración en el quehacer del conjunto español» (sic).

Pero no sólo los socialistas creían solemnemente en la cuadratura del círculo. Desde la UCD, sin cuya anuencia jamás hubiera sido posible introducir el término nacionalidades dentro de la Constitución y construir el Estado de las autonomías tal y como hoy lo conocemos, muy alambicadamente se defendía: «la exquisita preocupación por buscar un equilibrio entre lo que de innovador o creador pudiera suponer la adopción de ese término doctrinal tan deslizante y el afán compartido de que su introducción no supusiera una bomba de tiempo retardado». Gabriel

Cisneros (UCD).

La realidad ha demostrado cuan equivocados estaban aquellos que entendían, de buena o mala fe, que el Estado de las autonomías iba a zanjar el problema de los separatismos. Pero ante el desafío del catalanismo, que tras el 27 de septiembre arreciará, no es de esperar rectificación alguna del erróneo rumbo que marcó la introducción del concepto de nacionalidades dentro de la Constitución. Muy al contrario, la tensión separatista será solventada desde aquello, que con unas u otras palabras, definirán como el respeto a esa artificiosa heterogeneidad de las nacionalidades que integran el Estado español. El peligro de la victoria de las candidaturas separatistas, se traducirá en la apertura de un proceso que evite la independencia de Cataluña, no sobre la base de la integración de los pueblos de España en un proyecto común, sino sobre la base del reconocimiento de un Estado plurinacional, que con la coartada de superar los puntos de fricción entre Cataluña y País Vasco, convierta a España en una auténtica Commonwealth de naciones ibéricas.

Una vez más, aquellos que tienen por patria el bolsillo y por bandera la billetera, serán capaces de convencer al pueblo español de que no existe otra solución para mantener la convivencia entre todos. Y si no, recordemos las palabras de Rafael Arias-Salgado (UCD): «En nuestro país y por nuestra diversidad misma, la democracia y la libertad son inconcebibles e inviables si no se ofrece una satisfacción racional a las reivindicaciones de aquellos colectivos que desean afirmar y afirman su identidad [...]. Las reivindicaciones nacionalistas son un hecho y en aras de su integración en la unidad política que es España es preciso darles una satisfacción racional, compatible con el reconocimiento y la permanencia indiscutida de la nación española. Por eso aceptamos el término “nacionalidades” [...] Lo que hay que hacer es interpretarlo y delimitar su alcance [...], para evitar sus hipotéticas consecuencias desintegradoras». No tardaremos en escuchar nuevamente desde la derecha voces en parecidos términos, que justificaran una reforma que otorgue mayores cuotas de autogobierno a Cataluña y otros territorios, con la disculpa de salvaguardar la unidad de España y evitar otros males mayores. Den tiempo al tiempo.

---

## Cataluña, dintel de España

Francisco Díaz de Otazú

**E**ste septiembre de 2015, España está agitada por un órdago como no se conocía al menos desde la Guerra Civil.

El lector y oyente habitual de los medios españoles estará algo saturado de cálculos en los que las pensiones, deuda pública, euros e impuestos nos pueden salir por las orejas. Incluyo en ellos a los separatistas también. Argumentos que pudiendo ser ciertos, son mezquinos, y que responden al mismo mal sabor que tiene la disputa entre hermanos por la herencia del padre. No es lo importante. Con serlo, lo importante en una nación es sentirse comunidad; es lógico que después de un par de generaciones que han disfrutado de un poder autonómico sin par en el mundo, en manos nacionalistas carentes de honradez pero también de complejos y todo freno legal, judicial o ejecutivo, haya cosechado un fuerte movimiento ambiental. Por malos que sean, un tercio activo se impone naturalmente a dos tercios pasivos.

Han logrado algo difícilmente soñable pasado el siglo XIX. Los derechos parecen volver a ser de los territorios, no de las personas. De tal modo que ni el sistema fiscal, ni la ley electoral, ni los salarios públicos responden al principio de equidad que debe regir, a mi entender, un mismo estado. Estado que está en peligro por la conducta suicida de su gobierno. Cualquier otro habría respondido con más contundencia a la rebeldía secesionista por parte de autoridades que son su principal representante en ese territorio. Imaginemos a Mas como autoridad regional de Córcega, Cornualles, Puerto Rico, Quebec o Sajonia; su poltrona se trocaría en banquillo.

El Estado es una unidad de soberanía o no es nada. Por eso es incompatible con la aceptación apacible de su rompimiento. Más razones constitucionales e históricas tenían los confederados y Lincoln se opuso con los medios a su alcance.

Alguno dirá que no es democrático negar el «derecho a decidir». No es que sea o no democrático, si no que es un disparate, una falacia del nacionalismo emocional, reclamarlo para un territorio en concreto, pero no para otro mayor o menor. Se trata de un acto de voluntarismo y no de un ejercicio de libertad. Recuerdo a Pilar Rahola reaccionando ante un aranés que le devolvía su argumento. La nación es lo que yo digo, igual que el ser humano para aquella ministra de Zp, sin que el voto o el microscopio sean el superior argumento. Tampoco el valenciano, navarro, balear, etc. tendrían necesariamente el mismo derecho a decidir... en los dos sentidos.

Pero es que esta falacia se da también respecto al tiempo, no sólo al espacio. La vía quebeçois. Se reclama el derecho a elegir, que se pospone si se percibe que no se va a ganar, y se acelera si el ambiente se percibe favorable. En este segundo caso, se sobreentiende que la victoria de la independencia es por supuesto irreversible. Pero en caso opuesto, es un aplazamiento, ya se volverá a la carga; la unidad no se acepta nunca. He utilizado el ejemplo Quebec por no tener ningún juicio o antipatía particular, darse el caso expreso de que el referéndum no se ha tomado como irreversible en un sentido, en el otro sí, y negarse también por los defensores de esa libertad la misma para las reservas indias.

Y es que la libertad y los derechos no se compartimentan entre territorios, cada vez más virtuales en nuestra dinámica sociedad, clases, lenguas o partidos. Son de cada uno, y de la unidad de soberanía nacional que recoge cada ley suprema. De tal modo que



sólo hay dos o tres respuestas coherentes. Una es la nación Política hija de la revolución francesa, que está, con la estúpida contradicción de las «nacionalidades» que eleva el título octavo con el adjetivo contra el sustantivo, en la constitución todavía vigente. Otra es la libre agregación y secesión de las gentes sin ningún discurso histórico, el fin del estado como tal, que defiende el anarquismo. Sería un desastre, pero coherente, al menos hasta que una milicia se decida a imponer su criterio a las asambleas. Hay una tercera que es la rigurosamente reaccionaria, con puntos comunes entre esos «nucas rojas» del medio oeste que se arman para oponerse a una «conspiración» del gobierno, que pretende ladinamente mandar sobre ellos, y el foralismo, que puede llegar a admitir leyes pactadas con territorios, desigualdades legales y fiscales, reinos separados unidos en la persona del mismo rey. El planteamiento contrarrevolucionario, que puede haber sido coherente, aunque no siempre eficaz o equitativo.

Todo lo demás es «democracia según». Según se mire, para los territorios que uno diga, la generación que uno diga, y reversible o no, según se quiera.

España se constituyó de norte a sur en un esfuerzo de siglos. Cataluña/catalán significa lo mismo, curiosamente, que Castilla/castellano. Tierra de castillos, tenedores de estos, por ser frontera inicial en ambos casos, del reino asturleonés y de la Europa carolingia, frente al islamismo. Islam que por cierto se impondría en medio siglo más fácilmente por razones demográficas y de todo tipo, -que eso ya es tema de otra historia- en Cataluña que en una España unida. El término exacto «español» resulta que también comenzó con los procedentes de Cataluña en la Provenza. Así podríamos extendernos, pero sería innecesario. Cataluña ahora es

el dintel; puerta, vestíbulo, limes, ante dos rumbos. Uno sería seguido por el País Vasco y otras regiones. Es el suicidio de España, pasto del humor de las potencias extranjeras para enviar embajadores según cálculos comerciales. Otro es un paso adelante que entierre el neofeudalismo y comience otra reconquista de España. Una en la que los derechos no los tengan los colores en el mapa, si no las personas que dentro o fuera, se afanan por sacar adelante a su familia.

## La lengua catalana y la prueba del Diez

Francisco Martín Castillo

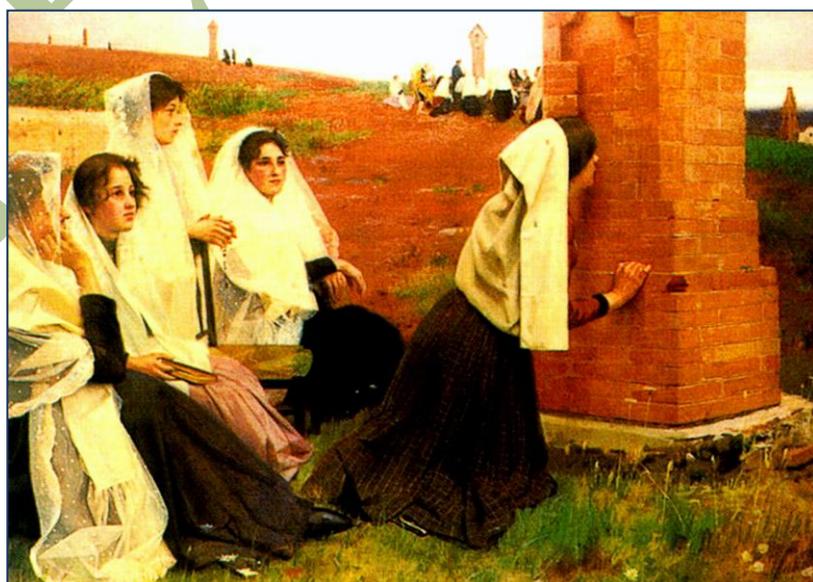
La lengua catalana es una de las lenguas de España. El catalán es así un idioma español, como lo fuera el castellano. Pero el idioma español por antonomasia es lo que el castellano ha llegado a ser. Si decimos español por castellano, en cuanto idiomas, no le estamos negando españolidad a ningún otro idioma que España tenga, ni al catalán ni a ningún otro que consideremos.

Pero en la evolución histórica fue el castellano, como pudo ser cualquier otro, el que se extendió por toda España, y por todas las Españas, desbordándose, impregnando, regando y a la vez nutriéndose donde llegara, de tal manera que en puridad, el idioma español, hecho entre todos, ya no es el castellano del que proviene, y que se quedó en lo que los otros idiomas, anegado y en relativo desuso, por cosa de la vitalidad histórica.

Pero cuando hablamos del español vivo de ahora, castellano lo llamamos para ponerlo en relación con los otros idiomas españoles, y entonces al decir castellano lo que estamos diciendo es: «Idioma español actual directamente originado del castellano», y es abreviadamente que decimos castellano, para entendernos.

Está claro, todo lo claro que puede estar todo. Pero quieren liarla con esto, como quieren liarla con lo que sea. Confundir por confundir, por gusto, y también por intereses tan mezquinos como concretos. Los idiomas, en tanto que vivos, evolucionan y se relacionan. Pero otra cosa es cuando se emplean como presión política. Para fastidiar, antes que para otra cosa. Que es a lo que están.

Cualquier español, y en sentido lato cualquier hispano, que vaya por Cataluña, entenderá del español catalán muchas cosas, y al poco de estar allí, apenas unas semanas, entenderá el español catalán sobrado para su vida cotidiana, laboral incluida, aunque él se tenga que expresar en español castellano, que desde luego entenderán. Cualquiera que hayamos tenido esa experiencia podemos atestiguarlo.



Es por lo que un famoso futbolista argentino, por tanto hispano, aún de apellido italiano, Messi, al decir que entiende el catalán perfectamente, aunque no lo habla, que lo hace en castellano, no nos mueve a extrañeza. Y dice que no tiene ningún problema con el catalán. Como no lo tenemos nosotros, diremos. Y al parecer también dice que es partidario de la política lingüística seguida en Cataluña llamada de inmersión, que impone, hasta con multas, la marginación del castellano.

Es muy dueño de decirlo, pero vamos a ver bien eso.

Como futbolista famoso, luce el número Diez en su camiseta del Futbol Club Barcelona, el popular, por toda España, Barça. Club fundado por un suizo residente en Barcelona, Samper, que identificó con los colores de su colegio cuando era niño, y el tal Barcelona Futbol Club sólo admitía extranjeros. Para jugar con el Barça, los catalanes tuvieron que fundar otro club, lo identificaron con los colores de los almogávares de la Corona de Aragón, y lo llamaron Futbol Club Español. Y todos a disfrutar con el futbol, jugadores y espectadores, que entonces era de lo que se trataba. Ahora no.

Messi, tan famoso, es una maravilla como futbolista. De altos ingresos, jugando al futbol, y tanto o más haciendo publicidad. Por eso puede aparecer en televisión diciendo que tal producto es el mejor. A los futbolistas de su clase les pagan auténticas fortunas por usar cualquier prenda de vestir con la marca bien visible. O por conducir una marca exclusiva de coche. O por decir lo que tenga que decir. Lo entendemos, y nos congratulamos. Ya quisiéramos. Lo reconocemos justo, porque responde a una calidad, disputada como la que más, y a la popularidad innegable aneja, en la industria del espectáculo, y punto.

Por eso entendemos lo que dice y lo que diga. Y que esté de buen humor. Que sea buena persona, que seguro que lo es. Entendemos lo que dice... y lo atendemos.

Atendamos, pues, para entender mejor. El señor Messi dice que está encantado con eso del catalán en Cataluña. Él lo entiende pero no lo habla. Y desde los doce años estudió todo en catalán. Es decir: habiendo recibido toda la enseñanza académica obligatoria en catalán, suponemos que con profesores de primer nivel, no ha conseguido hablarlo. Suponemos que se enteraba de lo que le explicaban en todas las asignaturas, no sólo en Educación Física, pero entonces tenían que hacerle los exámenes en tipo test, poniendo crucecitas en cuadrículas. Como si fuera mudo. Eso para cualquier padre, para cualquier docente, para cualquier persona, es un fracaso. Por el señor Messi, aunque ya lo sabíamos todos, nos enteramos que la política educativa, no sólo lingüística, que se sigue en Cataluña es un fracaso.

El caso del señor Messi, Diez del Barça, prueba que el sistema educativo catalán de imposición idiomática es una máquina de producción de fracaso escolar. Y nos tememos que no todos a los que por tal máquina hacen pasar, quieran o no, tengan los ingresos económicos que el señor Messi. Es posible que tengan que ganarse la vida en actividades donde les pidan hablar, no mover una pelota con los pies o poner cruces en cuadrículas.

Ya en su momento apareció en la prensa que la familia del señor Messi tuvo que volverse a Argentina porque su hermana no soportaba la escolarización en catalán, y parece que prefirió volverse a tan hispana nación, antes que matricularse en el Liceo Italiano de Barcelona, por ejemplo, donde se puede estudiar todo en italiano. Pero en Barcelona no hay un centro de enseñanza donde los niños puedan estudiar en español, con catalán incluido, y no hay porque está prohibido, mejor dicho porque no dejan, a pesar de que el Tribunal Supremo por sentencia firme obliga a, que quien quiera recibir la escolarización en Cataluña en español castellano, además de español catalán, pueda hacerlo, y la administración pública obligadamente proporcionárselo. Pues no se cumple, con la complicidad y la omisión de toda una serie de cargos públicos.

Y todas las mañanas, al comenzar su jornada laboral, al revisar lo pendiente, el Alto Tribunal conoce que el auto de ejecución de la sentencia pasa un día más sin cumplirse. Los afectados ya no tienen más a qué recurrir. El perjuicio realizado permanece, y se acrecienta. En gran parte la omisión hace irreversible lo evitable. Cuando acaba la jornada el auto sigue sin cumplirse, así un día y otro día. Absortos en profundos estudios jurídicos, quienes han ofrendado su vida a impartir Justicia, nada menos que la realización práctica del imperativo ético del Estado de Derecho, con todo el poder coercitivo de los Cuerpos todos de la Administración Pública, está claro que tienen otras prioridades. Pero con las manifestaciones de Messi se abre una nueva esperanza. Quizá si se tomaran tan breve descanso como para ver un partido de futbol, por lo

menos en televisión, se acordaran y resolvieran, pero es pedirles demasiado que aflojen en su abnegación, a los que por nosotros tantas veces ven amanecer, desde su mesa de despacho, no porque estén de cacería o que vuelvan de copas.

Messi el ídolo de los niños, de los que quieren jugar al fútbol y de los que quieren estudiar, que se les respete de manera efectiva su derecho a la educación. Que claro nos lo ha dejado el Diez del Barça. Todo el mundo sabe lo que pasa, el fracaso que a tantos, y entre tantos, están imponiendo, pero, por si hiciera falta, nos lo confirma la prueba del Diez. Como esto siga así ninguno de esos niños podrá llegar a juez. A futbolista sí.

---

## Finis Cataluña, finis Hispaniae

---

### Francisco Torres García

Nadie puede predecir lo que ocurrirá tras las elecciones autonómicas en Cataluña el próximo 27-S. Las encuestas vienen reiterando lo que podemos denominar un empate técnico entre los partidarios de la independencia y los teóricos «constitucionalistas» -llamarlos de otro modo me parece que sería un exceso-, pero la realidad es que dada la posición del PSC y la inconsistencia programática del líder interino del PSOE, Pedro Sánchez, ese bloque, teóricamente contrario a la independencia, carece de algo tan elemental como la identidad de criterio. Viene al caso subrayarlo porque aún no consiguiendo la mayoría suficiente -en el discurso separatista ya se prescinde de la teórica «legitimidad» de la mayoría absoluta que antes esgrimían- los juegos y conspiraciones de salón, los cálculos partidistas para llegar a la Moncloa, podrían hacerla posible en un plazo más o menos corto. Si los partidarios de la independencia perdieran, para ellos solo sería un revés, un aplazamiento de la letra con fecha de vencimiento que, dada la inacción del gobierno, parece tener la integridad de la nación española. ¿Cómo hemos podido llegar a esta situación?

No pocas veces, por razón profesional, me han preguntado por el «problema catalán». Lo que más suele llamarme la atención es el grado de desconocimiento, y, por tanto, de efectividad del discurso nacionalista-independentista, que el español medio tiene sobre lo que es España, sobre el concepto y la idea de España, y sobre los orígenes de un nacionalismo que, por coherencia interna, por lógica política, solo puede ser independentista. ¿Cómo es posible que en esta coyuntura, cuando es evidente la posibilidad de precipitarnos en el abismo como nación, no hayamos visto reacción alguna por parte de la ciudadanía? ¿Cuántos españoles han salido a la calle para exigir o defender la continuidad de España como nación? Tengo la impresión de que una parte importante de los españoles, de un modo u otro, asumen como reales parte de las razones históricas y/o culturales que esgrimen los nacionalistas, y que, con una u otra consideración, asumen la existencia de Cataluña como nación porque ellos mismos no tienen clara cuál es su propia identidad; consecuencia directa de la necesidad de crear falsas identidades autonómicas engendrada por esa nefasta organización/desorganización territorial que se denomina Estado de las Autonomías. ¿Por qué? Básicamente porque han aceptado, consciente o inconscientemente, la perversión del lenguaje que les hace pronunciarse sobre si se sienten más españoles que de su comunidad, si prefieren la ecuación contraria o, simplemente, se sitúan en el punto medio.

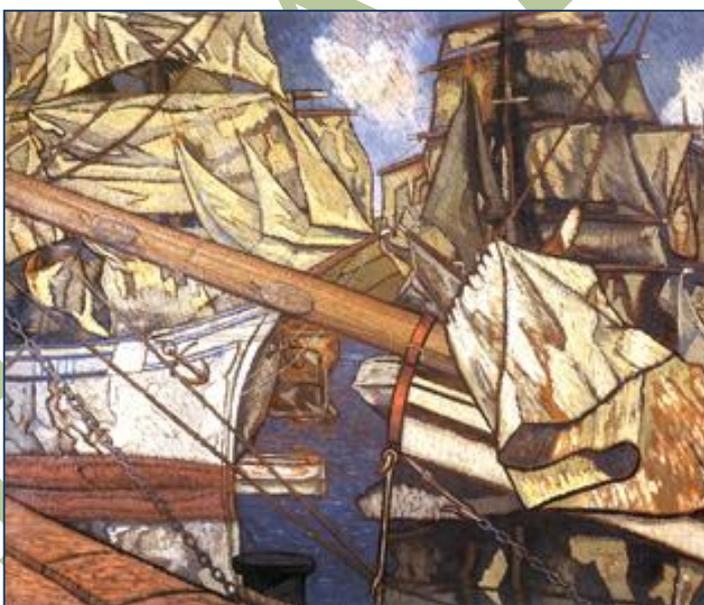
Cuando tratamos de explicar que el nacionalismo catalán -también casi todos los demás que seguirán el mismo camino- tiene su origen no en la Edad Media sino en la segunda mitad del siglo XIX; que ideológicamente es un movimiento liberal y conservador hasta las primeras décadas del siglo XX, cuando aparece el nacionalismo de izquierdas pero también burgués que no obrero o socialista, que se basa en una manipulación histórica, estamos dando una batalla perdida de antemano. La razón histórica ya no importa más que a los expertos y es útil para los juegos de florete en blanco sobre negro. Es así porque la construcción del discurso identitario en Cataluña a lo largo de los últimos treinta años, discurso en el que ha sido educada una parte

importante de la población que votará el próximo 27-S o en otros 27-S posteriores, nos sitúa en la tesitura de tener que luchar al mismo tiempo contra los gigantes y los molinos de viento.

La razón última de la situación ante la que nos encontramos es que ante ese discurso no ha habido contestación alguna. Al contrario, desde el Estado, cuya primera obligación debiera ser mantener la nación, es decir, defender la idea y el concepto de España, se ha practicado, por unos y por otros, la política suicida del tancredismo, del dejar hacer, de no creer las señas que advertían de que venía el lobo. La resultante ha sido el crecimiento excepcional de los votantes al nacionalismo y en su lógico desarrollo su conversión al independentismo. Y ello también ha sido posible por la protección que se ha brindado, por los dos grandes partidos, a los dirigentes nacionalistas creyendo que, permitiéndoles ser la oligarquía dominadora, evitando que el régimen corrupto vigente en Cataluña cayera ante los tribunales, solo agitarían el espantajo de la independencia para obtener mayores prebendas.

¿Qué se ofrece como alternativa al independentismo? Poca cosa para ganar corazones. Razones históricas por parte de una minoría que, naturalmente, ni tiene espacio en Cataluña ni encuentra hueco en los grandes medios de comunicación. Razones económicas, se es español o

no -ese es el discurso del PP y Ciudadanos- en virtud de los beneficios económicos que ello implica. Da pena ver que el argumentario para evitar la ruptura de España pasa por el absurdo debate de si la hipotética Cataluña independiente será o no admitida en el seno de la Unión Europea; o explicar que cuando caminamos hacia la unión de las naciones europeas se busque la desunión en un movimiento contrario al progreso y la modernidad; o esperar, como suplicantes plañideras, a que el miedo del empresariado catalán a perder el «negoci» les obligue a dar un golpe de mano y defenestrando a Artur Mas para controlar a Convergencia restaurando la alianza con Unió, todo ello tras haber dado durante años carrete y dinero al «independentismo moderado» a la espera de que las cesiones del Estado llenaran una vez más sus bolsillos. La misma pena que causa ver al gobierno emperrarse en jugar con la vieja idea de que el ser español se puede comprar mediante los Presupuestos Generales del Estado. Dejemos a un lado el sentimiento de animadversión que anida en una parte de la izquierda española al propio concepto de España. Lo que todos esperan -todos es básicamente eso que llaman bloque constitucionalista con ansias de reformas- es que el próximo 27-S se produzca ese empate técnico o incluso una victoria a los puntos de los que no secundan el independentismo, y que después, con nuevas cesiones, con reconocimientos como nación, con promesas de cambios constitucionales, con fórmulas inexplicadas de Estado Federal, se aplaquen los aires independentistas por un tiempo y después ya veremos.



Queda la solución de la fuerza -no nos asustemos que no son los tanques- que es llegado el caso aplicar la ley. Hace tiempo que el Estado debiera haber obligado a que se cumpliera lo dispuesto en la ley, por ejemplo, en el terreno de la educación y no hubiéramos llegado a este punto. No estamos hablando de aplicar el artículo 155 de la Constitución y suspender la autonomía de Cataluña. Eso está bien para los artículos de prensa y los mítines de derechas. No nos engañemos, el artículo 155 es un espantajo de difícil aplicación por su falta de desarrollo y porque el PP, en su última reforma, ya se ha ocupado de que no sea fácil de emplear. Pero además, sin otra cosa que la fuerza probablemente solo se crearan más independentistas. Ahora bien, la realidad es que si Artur Mas cumpliera su amenaza, si se produjera una declaración de

independencia como se anuncia, al gobierno y a la oposición, al PP y al PSOE, no le quedaría más remedio que aplicar la ley o aceptar la ruptura de la nación española.

Lo previsible es que el 27-S no conlleve, dados los resultados, la declaración de independencia sino un avance en ese camino. Aun queda pues posibilidad de reacción de invertir los signos evidentes de la catástrofe. Si de verdad se quiere preservar la unidad de España el único camino es difundir la idea y el concepto de España, exaltar la historia común, hacer españoles asentando la idea de la patria como proyecto común. Justo aquello que llevan casi cuarenta años sin hacer, ni en Cataluña ni en el resto de España, porque de lo contrario el no descartable finis Cataluña será también el finis HISPANIAE.

## Aunque no quisieran ser españoles, lo serían

---

### Jorge Juan Perales

Fue, vicepresidente de la Asociación Juvenil Amanecer (AJA); Co-fundador y miembro de la Junta Directiva de los Círculos 4 de Marzo; Co-organizador y miembro de la Mesa del Primer Congreso Nacionalsindicalista; Secretario Nacional de Organización de Falange Española de las JONS AUTÉNTICA).

**Aunque no quisieran los catalanes ser españoles, Cataluña sería siempre España. Aunque quisieran el resto de los españoles que los catalanes no lo fueran, España no sería sin Cataluña. Como Aragón no se concibe sin Cataluña, España no es sin Aragón.**

El problema catalán o el problema vasco, gallego o canario... es el problema de España. España, la plural España, camina errante por la historia desde las postrimerías del siglo XIX. Humillada, a fuerza de ser generosa, camina regresivamente a los tiempos previos a su unificación, en la que todo parece indicar que de nuevo se encontrará enfrentada a la nueva invasión musulmana. Otra vez encontrarán a los pueblos de Hispania segmentados y enfrentados en luchas internas. En muchos pueblos y ciudades catalanas se visualiza y se siente la presencia sarracena, como en Andalucía, barrios de Madrid o en toda la costa mediterránea.

No hubo pueblo de España que se sometiera a la invasión napoleónica. Allí hubo un motivo de Unidad, allí el pueblo, más que los gobernantes, sintió el orgullo de lo español, de la libertad ante la intromisión del extranjero que pretendía esclavizarle y romper su identidad en contra de su voluntad. Allí predominó el grito de ¡Viva España! sin complejos, todos los españoles se sintieron pueblo. Había un motivo, había algo que defender, había sentido de vinculación histórica, otra vez supo vencer España.

Europa, la vieja Europa, lucha hoy por no perder poder en el mundo globalizado, pretende una unidad económica endeble, no encontrando el liderazgo de las ideas que en otros tiempos hicieron hegemónica su cultura.

España por un lado se abraza al mercado europeo renunciando a su identidad, a su soberanía, abandonando su obra hispanoamericana, poniendo en peligro así su ser histórico, la misión universal que se dio a sí misma. En este contexto se resquebraja la unidad interior, pidiendo las partes más beneficios para sí, mostrándose insolidarias, creyendo que solas conseguirán más bienes económicos y por tanto más poder, para utilizarlo en contra del otro, -aspiración de los nacionalismos-. La identidad como moneda de poder, que las élites nacionalistas venden a sus pueblos. Finalmente los pueblos son dominados totalitariamente por ellas.

Los psicólogos, o yo al menos, tenemos una máxima que dice: Si quieres conocer realmente a una persona, o a un pueblo, o a una empresa, o a un colectivo o a un partido político... dale poder y observa lo que hace con él. España, cuando tuvo poder, fue generosa, dio lo mejor de sí misma, dejó huella altruista por donde pasó, construyó mucho más que destruyó, se puso al servicio de unos valores que creyó que eran los verdaderos, sus soldados dieron la vida por valores

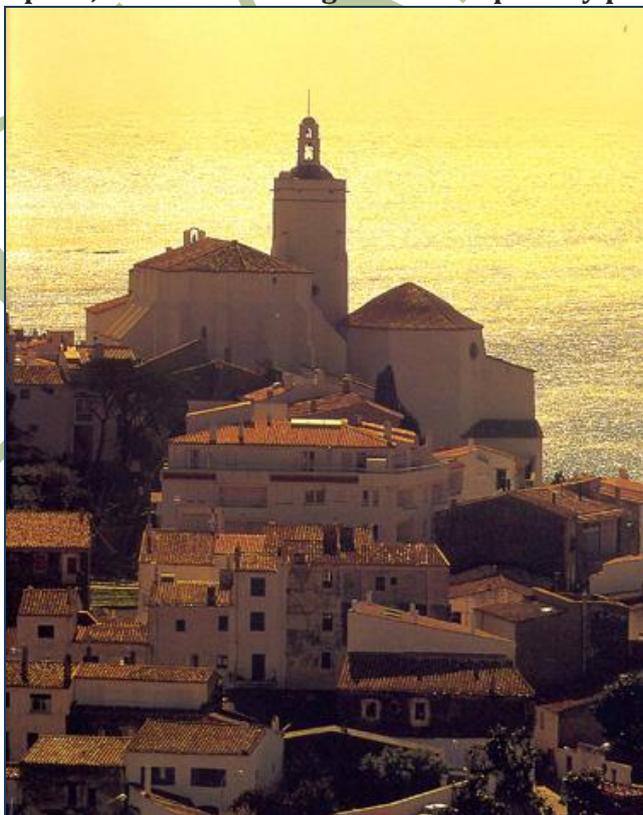
trascendentes... intuía un destino, asumió unida su camino, hasta el agotamiento de sus gentes y de su hacienda. Observar lo que han hecho y están haciendo con el Poder Autonómico los nacionalismos, conchabados casi siempre, paradójicamente, con los internacionalistas; profundizan en las diferencias con actitudes insolidarias y egoístas.

En este proceso regresivo hacia los antiguos reinos de Hispania, se produce algo preocupante. Es entendible la búsqueda de las identidades locales que conformaron aquellos reinos, lo que no es admisible es que se distorsione o se falsifique la historia común como si no hubiese existido o hubiese sido otra. La gravedad no está en la ocultación de los hechos, que ya es grave, sino en las opiniones tergiversadas y sesgadas hacia intereses subjetivos que sobre ellos se transmiten a las nuevas generaciones. Aquí está, a mi entender, un mayúsculo error cometido en España en los últimos 30 años, de cesiones y dejaciones ante los nacionalismos. En los colegios, no solo hay que enseñar la historia local, la catalana en Cataluña o la castellana en Castilla, sino todo en todas. Cuando un niño extremeño conozca la historia de Aragón o de Galicia, tan bien como la extremeña, conocerá la historia de España. Solo se ama lo que se conoce. Lo mismo en la literatura o en la geografía o en la música o en el derecho... A las autonomías que se les ha transferido el poder de la enseñanza y no lo han utilizado para unir, para la solidaridad, para la verdad de todos, para fortalecer al conjunto de España, no se merece seguir con ese poder y por

tanto debe volver al Estado. Una autonomía que tiene transferido poderes jurídicos y legislativos y los utiliza en contra de los intereses de España, causando desigualdades en los derechos del conjunto de los españoles, deben volver al Estado. Las autonomías o sirven para el Bien Común de España, respetando, por supuesto, las peculiaridades locales, o no tienen razón de ser. España es plural, cada reino aportó al conjunto de Hispania lo mejor y lo peor que tenía, pero debe prevalecer el interés común al de las partes. Todos tienen que beneficiarse de la Unidad del Estado, de su fortaleza y de sus medios.

Todos sabemos que la disgregación debilita, que los españoles hemos sido grandes y fuertes cuando hemos encontrado la misión de destino, cuando juntos hemos respondido a los retos históricos de cada momento, cuando nos hemos mirado y nos hemos reconocido como hijos de padres comunes, como miembros de un mismo sistema de valores que nos vinculan a sangre y fuego para siempre.

Parte de Cataluña, sobre todo sus élites políticas burguesas, juegan una partida sucia contra España. Además de eliminar o suprimir o minimizar todo lo que simbolice o represente a España, están intentando controlar todo el poder económico y social. Para ello han ocupado los medios de comunicación, la enseñanza, el poder legislativo y judicial local, la banca, las empresas más representativas de lo genuino catalán y sobre todo los sentimientos de las gentes, de los ciudadanos, con la paradoja de que una mayoría muy significativa tiene sus raíces en otros pueblos de España. Aparentemente lo están consiguiendo. En los próximos días los habitantes de Cataluña están llamados a votar en unas elecciones autonómicas con la pretensión de que sean, ilegalmente, plebiscitarias para lograr la separación de España; no les importa esto último si avanzan en el control de la consecución de más poder; la meta no es, a mi entender, la independencia ya (que les hundiría), sino el control económico y social al modo nacionalista



para inmediatamente acometer y extender su poder mas allá de sus supuestas fronteras, como una hidra sin límites, a los mal llamados «Países Catalanes», a el Rosellón, Cerdeña, resto de Aragón... Nápoles... Sicilia... el nacionalismo ambiciona la posesión territorial.

Los nacionalismos no son pueblos, son élites endiosadas, emborrachadas con la conquista del Poder que llevan a sus pueblos, primero, al egocentrismo narcisista y segundo, a la autodestrucción por la ambición desmedida. La esperanza está en, primero, que las élites se destruyan a sí mismas en luchas internas. Segundo, que sean destruidas por el pueblo harto de ser engañado.

La historia de Cataluña, es la historia de Aragón y la historia de Aragón es la historia de España. España es irrevocable, la historia fue y sus hechos son imborrables. En la falsificación de los hechos, en las opiniones subjetivas malintencionadas sobre ellos, está parte del mal que padece hoy España. Ésta es la labor presente de quienes sienten y les duele España. Pedagogía de la verdad histórica. Responsabilidad también de toda la sociedad y de sus representantes políticos.

Jacint Verdaguer, gloria de las letras catalanas y por tanto españolas, supo expresar en unos versos espléndidos, el sentir profundo de su ser catalán, aragonés y español, cuando en honor a la Moreneta, la Virgen de Montserrat, escribió:

Con vuestro azul manto grande  
cubrid a toda la España,  
el reino de vuestro amor,  
como a un nido bajo el ala.

Aunque no quisieran ser españoles, lo serían. El pueblo hablará cuando sienta que la opresión de la mentira nacionalista les roba su libertad y su verdadera entidad. El nacionalismo es una enfermedad que se cura cuando se abren los ojos de la verdad para mirar a los otros como iguales. España sufre por Cataluña y por todos los hijos que la aborrecen. Más allá de las diferencias está la Patria española, que integra a todas las patrias que en origen la hicieron suya, uniéndose en una alianza permanente hacia un destino Universal, que todavía hoy sigue siendo necesario, válido y alcanzable.